NUM. 4. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 22 DE ENERO DE 1865. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.

Muchas veces se logra una semana como esta.

¡Qué semana, lectores, qué semana! Total, nada; y he concluido la revista.

Pero veo que no habeis quedado satisfechos con este exabrupto, y fuerza será sacarlas de flaqueza y decir algunos nadas para que, contra las leyes físicas, resulte un algo.

Y ello es que siempre os servirá de consuelo contra el frio, saber, que si nuestro vecino Guadarrama se ha vuelto á embozar en una capa de dos metros de nieve, y nuestras calles se han blanqueado y los que aquí vivimos disfrutamos de un fresco de 3 grados bajo cero; aun asi y todo gozamos una temperatura agradabilísima comparada con la del Cornwall, donde el termómetro marca 22, como en la Siberia.

¡Ojalá pudiéramos decir, allí nos las den todas! y remitirles los dos metros consabidos, porque á nosotros nos resultaria un no pequeño beneficio y los cornwallenses podrian hacerse la cuenta del perdido, que tanto le importa serlo por mil, como por mil y quinientos.

Buen tiempo para emplearlo, si supiérais hacerlo, como lo ha empleado M. Ctarsis, eclesiástico de Zengi, que ha tenido la paciencia de grabar en un hueso de cereza las 970 letras de que se componen el Padre nuestro, el Ave-María y el Credo. ¡Parece imposible! Por supuesto que para leerlos son menester los ojos de aquel griego que veia desde Atenas salir las naves del promontorio Lilibeo, ó poseer un microscopio que tuviese la fuerza del telescopio que existe en el observatorio astronómico de Lóndres, cuyo cristal es de diez palmos de diámetro. Con el, segun se cuenta, una coquetuela que examinaba las manchas de la luna, vió á una polluela que desde su balcon estaba pelando la pava con un gallo que le rondaba la calle; aunque en descargo de mi conciencia, debo decir, que miradas aquellas manchas por una beata, aseguró que el de la calle era el sacristan y el del balcon el cura que le mandaba fuese á tocar á vísperas.

Sea de ello lo que sea, no es M. Ctarsis el primero que ha tenido semejante idea, ni el segundo que ha desplegado tanta paciencia.

En el siglo XVI el fraile italiano Pedro Alumnus, escribió el Credo y el Evangelio de San Juan en un papel del grandor de un ochavo.

A Isabel de Inglaterra le dedicó un artista un trozo de papel como la uña, en el que estaban copiados los Mandamientos, el Credo, el Padre nuestro, el nombre de la reina y la fecha.

Existe la Iliada de Homero escrita en vitela que puede encerrarse en la cáscara de una nuez.

Gerónimo Fabra, sacerdote italiano, presentó á los emperadores Cárlos V y Francisco I una escultura en madera figurando todos los pasos de la Pasion, que cabia dentro de una avellana; y una carroza como un grano de trigo, en la que se veian un caballero y una señora, dentro; el cochero guiando y los dos caballos de tiro.

Y no os cito mas, porque creo que hay bastante con lo dicho para probar la verdad del: *nihil sub sole novum*.

Y ya que á propósito de la luna os he hablado de pollos y pollas y de coqueteos, voy á contaros un coquetismo literario político del que quizá no hay ejemplo y que atacaria el crédito en tal caso de la sentencia latina.

Se ha escrito en París una obra titulada: *Europa en 1864 ó peligros de la política rusa para las potencias europeas*. Está publicada por el célebre editor Dentu, y aparecia sin dedicatoria ninguna.

Reuniéronse varios diplomáticos y naturalmente se habló de ella.

El embajador de Víctor Manuel manifestó, que prescindiendo de su mérito, estaba muy reconocido á la galantería del autor.

—Y yo, dijo otro diplomático.

—Y yo.—Y yo.—Y yo, contestaron en coro los demás.

—Y ustedes, ¿por qué? preguntó el piamontés. Que lo esté yo, no tiene nada de estraño, porque siempre es señal de deferencia en el autor y del alto concepto que le merece mi soberano, el habérsela dedicado.

—Usted se equivoca, contestó otro; porque á quien está dedicada es á mi rey y señor.

—No, no, al mio, replicaron los demás, y para probar su asercion, todos sacaron del bolsillo un ejemplar magníficamente encuadernado.

En efecto, el autor habia hecho una dedicatoria distinta para cada ejemplar y aparecia dedicada la obra:

1.° A S. M. Víctor Manuel, rey de Italia.
2.° A S. M. el sultan Abdul-Aziz-Khan.
3.° A S. M. don Luis I, rey de Portugal.
4.° A S. A. Federico Guillermo, gran duque de Baden.
5.° A S. M. Cárlos XV, rey de Suecia y de Noruega.
6.° A S. M. Federico VII, rey de Dinamarca.

Y aun parece que á algun otro.

Hé aquí un nuevo método de *pane lucrando*, que recomiendo á los autores.

Y viniendo á las cosas de casa os diré: que la Real Academia española ha acordado considerar siempre, como presente en sus sesiones, al señor don Ventura de la Vega ausente en Alicante por achaques de salud. La Academia se ha honrado, honrando al señor Vega, regocijo de las musas castellanas.

Para entrar en la Esposicion, mucho siento decíroslo, pero segun anunció que habreis visto en los periódicos, es necesario pagar su *tanti quanti*, escepto los domingos en que la entrada es gratis.

Cierto que el domingo último, fueron infinitas personas y encontraron cerrada y atrancada la puerta; y á puerta cerrada el diablo se vuelve y no entra, cuando mas los aficionados, que si son diablos, son unos pobres diablos.

Ha sucedido lo que con el periódico satírico titulado *El niño Pitongo* que trató de publicarse en una capital de provincia.

La tarifa de los precios era, ni mas ni menos, la siguiente:

Por un mes dentro y fuera de España. . . . 20 rs.
Por un trimestre. 10
Por un semestre. 5

Al que se suscriba por un año se le dará *gratis*.

Allí viérais acudir, como moscas á la miel, suscritores de año, y algunos pocos, prudentes y considerados, de semestre.

Pero el administrador entonces sacaba el anuncio y les hacia reparar en una nota casi imperceptible estampada al pie, que decia:

Nota. No se admiten suscriciones mas que por un mes.

Lo mismo pudo anunciarse la entrada en los salones de la Esposicion.

Todos los dias son de pago, menos el domingo que se entrará *gratis*.

Nota. El domingo no se abre la Esposicion.

Quizá fuese equivocado el anuncio y la clausura sea absoluta y temporal, mientras se decide definitivamente á qué cuadros se adjudican los premios.

Os lo aseguro, lectores, no me huele esta cerradura bien: harto tiempo ha tenido el jurado para ver, examinar, y conocer el mérito respectivo de los cuadros. Hay cosas sobre las que no cabe la discusion, y cuando se discuten, á Dios mi dinero, se verran.

Pero de seguro que ninguno de nuestros pintores merecerá el premio con mas justicia que el pintor de Amberes don Fulano de tal. Es el caso que nació sin brazos, pero era aragonés, quiero decir, testarudo, y se le metió en la cabeza que habia de ser pintor, y pintor ha sido.

Va al Museo, se sienta en un banquillo, coge el tiento y la paleta con el pie izquierdo, y el pincel con el derecho sostenido entre el pulgar y el índice, es decir, pulgar é índice si el pie fuera mano, y zis zás, pincelazo por aquí, pincelazo por allí y cuadro hecho.

Dicen que hay muchos en la Esposicion que parecen de mano, es decir, de pie, del pintor antuerpés ó al menos tan imitados, que cualquiera creerá que están concluidos por el método que emplea el susodicho.

Puedo sin embargo asegurar, despues de verídicos y concienzudos informes, que no tiene fundamento, aquella voz, y que, por mas que parezca lo contrario examinando algunos cuadros, todos se han hecho con las manos naturales y ordinarias.

El teatro del Circo se va animando, es decir, no se va animando, porque aunque es verdad que salieron á probar fortuna las *Armonías conyugales* y los *Ardides de amor*, tuviéronla tan escasa, que si te he visto no me acuerdo: pasaron como la flor de la maravilla, cátala muerta, cátala viva.

No sucederá así al drama que se prepara en el susodicho teatro, y que se titula 1864 y 1865, y en donde los mismísimos son los protagonistas; y actores, la bolsa ó la vida, el juego económico, la hacienda floreciente, el verdugo sensible, la sombra regocijada de Calderon, la usura caritativa, el diablo filántropo, la danza moralizadora y hasta la *Correspondencia* con sus novelitas capaces de sacar el carmin al rostro, al mismo *Diablo verde*.

Será cosa de reir ó de llorar, este adelanto prodigioso del arte dramático, pero, como os decia, no le sucederá á este drama lo que á las zarzuelas antedichas que pasaron en un dia, es decir, en una noche: esta funcion se representará por temporadas; en cada acto se emplearán dos meses y tiene cinco actos, segun noticias: en lugar de entradas se tomarán abonos anuales y los espectadores se relevan por familias de siete en siete dias como la guarnicion de un castillo.

Han de llevarse provisiones de boca, tren de dormir, convoy de vestuario, etc., etc., etc.

Se acaba de publicar la adjudicacion de premios hecha por el Jurado de pinturas: suceso es este de que nos ocuparemos detenidamente.

¡Y aun decia yo que esta semana era pobre de sucesos, y me queda un repuesto para otro tanto!

Pero como no quiero que os suceda con esta Revista lo que os sucederá cuando vayais al teatro del Circo á ver el drama 1864 y 1865, corto en redondo y saludándoos lectores, con el mayor cariño, me despido de vosotros hasta la próxima semana.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

LEON GALINDO Y DE VERA.

En el número 3.º, correspondiente al 15 del actual, inaugurando las Revistas de teatros decíamos: «Entre las novedades que el MUSEO UNIVERSAL ofrece á sus lectores, debe figurar en primer término el exámen recto y concienzudo de las obras dramáticas representadas en nuestros teatros.»

Nuestro amigo el señor Fernandez Cuesta, suponiendo que puede deducirse de las anteriores líneas, que en los ocho años anteriores no se habian examinado y apreciado recta y concienzudamente dichas producciones, se manifiesta ofendido.

Perdónenos el señor Fernandez Cuesta, pero ni de su amistad, ni de su claro talento era de esperar creyese que queramos inferirle una injuria gratuita y que recaeria contra nosotros mismos.

Es evidente que la novedad se referia al exámen, al análisis detenido de las obras teatrales, á dedicar á este objeto artículos especiales, cosa que hasta ahora no se habia verificado, hablándose de ellas incidentalmente en las Revistas de la semana.

La rectitud y la imparcialidad, ni pueden ser novedades en artículos escritos por el señor Cuesta, ni en periódicos de los que nos envanecemos de ser directores.

Suponer que hemos querido negar estas cualidades á EL MUSEO en los años anteriores, es suponer que nosotros mismos nos injuriábamos, puesto que lo habiamos tolerado.

Si alguna falta de espresion y de claridad en la frase ha podido interpretarse torcidamente, con muchísimo gusto las aclaramos, siquiera nos parezca en demasía esquisita la susceptibilidad de nuestro amigo el señor Fernandez Cuesta, y estremada la suspicacia de quien tal interpretase.

Permítanos, pues, que omitamos la insercion del comunicado que nos dirige, en que se vindica de una injuria que ni se le ha hecho, ni se le ha pretendido hacer, ni se ha imaginado siquiera.

Lo que le escribimos al privarnos de sus Revistas se lo repetimos ahora: las páginas de EL MUSEO siguen siempre abiertas para que las honre con sus artículos: y las páginas de EL MUSEO no las hubiera ofrecido, ni las ofreceria á persona que se conceptuase parcial y de juicios torcidos el director de EL MUSEO.

JOSÉ GASPAR.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

X.

El Cardenal Cisneros contestando á los Grandes, que le pedian los poderes, en virtud de los cuales gobernaba, por don Víctor Manzano.

Como todo cuadro en que la unidad depende de un objeto distante y secundario, el que nos ocupa tiene algo de incompleto y desigual, por razon de su propio asunto. La escena se compone de los Grandes, del Cardenal y de los cañones, y así resulta un grupo amaneradó de gentes que se dirigen al término de la accion, esto es, á un último término diminuto, y que sin dejar de ser principal en el asunto, tiene por fuerza que ser mezquino en la pintura.

Además, el cuadro está pobremente concebido. Uno de los personajes peca de irreverente y osado, puesto que está cubierto y poniendo mano á la espada, sin que lo justifique una demostracion manifiesta y viva de cólera, mientras otro se inclina y otro recoge la vista con la mano para mirar las tropas que el cardenal señala desde el balcon. Ambas posiciones son poco dignas y algo pueriles. La figura de Cisneros es enérgica, pero sin grandeza: es un fraile de mal genio, que no responde á la importancia histórica del célebre Franciscano. Por lo demás, el dibujo es débil en estremo y el color desigual, á veces verdadero y armónico, y á veces ingrato y desentonado.

El señor Manzano tiene dadas pruebas de que sabe hacer algo mucho mejor que su último cuadro: esperamos que en otra Esposicion volverá por su decaidente nombre.

XI.

Doña Isabel la Católica dictando su testamento, por don Eduardo Rosales.

Esta es una de aquellas obras en que el pintor luce y merece mas que su hechura. Merced á dos buenas cualidades, que son el acierto en la composicion y la perspectiva aérea, déjase ver en este cuadro una inspiracion jóven, rica y llena de esperanzas. Pero como dibujo y colorido de cada una de las figuras, hay no poco que censurar, notándose frecuentemente la mano de principiante.

El dibujo es incorrecto, y en cuanto á la entonacion, desvirtúala por todas partes y como que la mancha una tinta negra que destruye, sobre todo, el color de las carnes.

La figura principal del cuadro, la de la reina, no tiene nada de representacion histórica; ni es un retrato, ni está en situacion, ni espresa la severa y solemne poesía de aquel instante. Estamos por decir que el señor Rosales, al tener que pintar la última hora de Isabel I tendida en su lecho, se ha inspirado inconscientemente en la impresion que le produjera alguna vez en el teatro la muerte de la *Traviata*. Lo cierto es que la augusta anciana, la austera moribunda que el señor Rosales debió pintar aquí, se ve reemplazada por una jóven cualquiera, adornada con la toca tradicional de la conquistadora de la Alhambra. En cambio don Fernando V está admirablemente concebido y caracterizado.

Pero cualesquiera que sean los defectos de este cuadro, es fuerza insistir en que, mas que la obra, se deja ver allí al pintor, y en este concepto la censura se le debe dirigir á él. Hay un alarde de valentía, impropio de una mano aun inesperta, que si por una parte indica cierta seguridad y desembarazo, por otra hace temer que el artista acabe por donde debiera principiar, y se amanere é imposibilite para pintar con mas precision y pureza. Los alardes de valentía deben ser resultado del estudio y la práctica: para pintar *poco* y con acierto, es necesario haber pintado mucho y escrupulosamente. Compárense si no las primeras con las últimas obras de Velazquez, y se verá confirmado este aserto.

De cualquier modo que sea, el novel espositor merece mil enhorabuenas, como las que nosotros le damos, leales y sentidas, hijas de nuestro amor al arte y á la patria, no fruto de aviesas intenciones, como lo han sido á nuestro juicio los primeros hiperbólicos y exageradísimos aplausos con que la gente del oficio saludó esta obra. Aquellos aplausos, lejos de provenir de una entusiasta alegría, representaban el deplorable intento de perjudicar á dos pintores españoles: al señor Gisbert, rebajando su cuadro de los *Puritanos* hasta igualarlo ó subordinarlo al del señor Rosales, y al señor Rosales, haciéndole cargar con la dura é infalible responsabilidad de tan loco paralelo, y desvaneciéndole é infatuándole hasta un punto, que de ser poca la sensatez del lisoño artista, hubiera podido encariñarle con los errores de su primer ensayo, y frustrar completamente su seguro porvenir en el arte de la pintura.

XII.

La duda de San Pedro, por don José Marcelo Contreras.

Este cuadro demuestra que su autor tiene mas facultades que arrojo y osadía. Así se le ve acudir á distintas fuentes, no fiándose de la propia inspiracion, para trasladar á su obra el espíritu religioso de los maestros que por él se han distinguido. Cuando la inspiracion agena que ha tomado por modelo coincidia con la suya, el pintor ha sido original, sin quererlo ni saberlo, y el resultado ha cedido en ventaja de la obra. Mas cuando ha tratado de reproducir un sentimiento impropio ó ageno de su inclinacion artística, la imitacion ha sido un pálido y muerto remedo y nada mas.

Representa el cuadro al Salvador en el momento de caminar sobre las aguas hácia la barca de los apóstoles que zozobra entre el removido oleaje. San Pedro arrepentido de su poca fe en la proteccion de su Divino Maestro, le sale al encuentro y se postra sobre las olas. A lo lejos se ven los apóstoles en la barca, poseidos del estupor del milagro, de la conmocion del pasado terror, y de amor y ternura hácia Jesus.

Estas figuras, que aunque últimas y secundarias, son las principales en cuanto á su mérito, están evidentemente inspiradas por la escuela hispano-italiana que floreció en Valencia en el siglo XVI, en la cual, bajo las clásicas formas del arte romano, se cobijaron la devocion y misticismo propios del espíritu español. El pintor, pues, ha reproducido felizmente aquel sentimiento por convenir con el suyo. En la imágen de San Pedro el pintor ha tenido presentes las creaciones de una escuela posterior, menos clásica y pura, pero mas real y vigorosa: de la escuela por escelencia española, que floreció en el siglo XVII.

Este es sin duda el verdadero estilo del pintor; pero, aunque por ser así, ha pintado vigorosamente la figura del príncipe de los apóstoles, la ha exagerado por todos conceptos haciéndola algo grosera, y revistiéndola de una brillantez metálica que recuerda las exageraciones de colorido de Francisco Ribalta.

En cuanto á la figura principal, la de Jesus, el pintor se ha equivocado de medio á medio el intentar hacer el Cristo á la moderna, esa figura, producto de un sentimiento erudito y alambicado, mas bien que de la espontaneidad y la fé, que raras veces ha encontrado una representacion digna en los cuadros contemporáneos, y que de seguro será muy difícil que la encuentre en cuadros españoles. Jesus, en el cuadro del señor Contreras, es un fantasma inerte y tieso, un maniquí, bajo cuyos piés se duermen las olas (de una manera muy bella por cierto), en señal de que la tempestad enmudece y se anonada bajo la planta del Criador.

Por lo demás, la entonacion del cuadro es buena y vigorosa, aunque los términos marcados por las figuras no ofrecen á la vista la natural distancia por un defecto, harto comun en todos los cuadros de la esposicion actual, por falta de perspectiva aérea.

XIII.

La Virgen del Desierto, por don German Hernandez. No comprendido en el catálogo, pero señalado con el número 582, hay un cuadro que representa á la Vírgen con el Niño en los brazos.

Este interesante grupo se destaca en un fondo de país árido y calcinado, tal como la fantasía se representa la tierra de Egipto. La figura de la Vírgen, envuelta en los amplios pliegues de un manto y dominando sobre un fondo incierto y lejano, en que se pierden en tintas cenicientas los confines de cielo y tierra, despierta la idea de una soledad y un silencio solemnes, de un recogimiento universal que acompaña al reposo del Dios niño, mientras por él vela y en él se complace la ternura de su madre.

Este cuadro da á conocer la verdadera índole é inclinacion del señor Hernandez; contemplativa, tierna y no dramática, ni apasionada, ni violenta; y como en Bellas artes todo obedece á la espontaneidad del ingenio y del carácter, el pintor en esta obra, tan propia de su aptitud genuina, ha encontrado mucho mejor

colorido que en otros cuadros, y un dibujo mas digno del ideal á que aspira.

(Se concluirá.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

DEMOSTRACIONES CRITICAS, PARA LOS LECTORES DE EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, IMPRESO EN ARGAMASILLA DE ALBA.

(CONTINUACION.)

Párrafo XV.

Parte II, cap. XLIV. Nota 19, tomo IV.

Texto de Cervantes. «Aquí dió fin el canto de la maferida Altisidora, y *comenzó el asombro* del requerido Don Quijote.»

El señor Hartzenbusch en lugar de *comenzó el asombro*, escribe *comenzó á ser mayor el asombro*, y dice en apoyo de esta correccion: «No comenzó aquí, puesto que antes Don Quijote quedó pasmado. (Véase página 38 de este volúmen).»

Uno de los inconvenientes de esta enmienda es, que destruye el número y armonía del felicísimo período, cuyos polos son: «Aquí dió fin el canto» y «comenzó el asombro.» Queda, y solamente queda, á los que son capaces de sentir el placer que se percibe al leer un período bien hecho, la facultad de admitir ó desechar este reparo.

Pero prescindiendo de esta razon, que por sí sola no seria decisiva, hay otra concluyente para desechar tal enmienda, y es, que está fundada en el supuesto de que *pasmo* y *asombro*, son palabras sinónimas; y como este supuesto es falso, la enmienda, que es su consecuencia, no es válida.

Cervantes ha tomado el *asombro* por una afeccion del espíritu mas poderosa que el *pasmo*, y esto (salvo el mejor parecer del corrector) nos parece muy fundado.

El pasmo es, digámoslo así, el embrion del asombro. Yo puedo *pasmarme* de ver á Auriol voltear á un tiempo por el aire una docena de platos con la mayor soltura y sin quebrar ninguno; *asombrarme* despues, contemplando á Leotard en los tres trapecios, cruzando por el espacio como una figura mitológica; y *aterrarme*, por último, al ver á Blondin andar con ligero pie sobre un sutil alambre, colocado á cien ó mas piés de altura.

Don Quijote se *pasmó*, cuando despues de haber oido el diálogo que tuvo lugar entre Emerencia y Altisidora; sintió tocar una arpa suavísimamente, y se asombró (y el caso no era para menos, y meta cada uno la mano en su pecho) cuando la mal ferida doncella acabó de cantar aquel romance, donde entre otras cosas le decia:

¡Oh, quién se viera en tus brazos!...
O si no, junto á tu cama,
Rascándote la cabeza
Y matándote la caspa.

Párrafo XVI.

Parte I, cap. VII. Nota 78, tomo I.

Texto de Cervantes. «Llegaba á donde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos *por todo*, sin decir palabra.»

El corrector en lugar de *por todo*, escribe *pasmado*, y dice: «Al principio de *La ilustre Fregona* se hallan estas frases: «Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y *por todo* se hurta.» *Por todo* parece italianismo ó galicismo en lugar de *por todas partes*. Raro se nos hace que lo cometiera nuestro autor en el caso presente, á pesar del ejemplo que citamos de *La Fregona*: quien piense de otro modo, tenga por no válido el participio que se ha sustituido aquí á esa estranjera locucion adverbial.»

Pero, señor, por Dios: ¿estas son enmiendas, ó son melones que se dan á cala y cata? ¿Qué razon hay aquí para suponer que una espresion que usó Cervantes en una de sus obras, no pudo usarla asimismo en otra?—¿no seria lo natural y lógico suponer lo contrario?

Si al señor Hartzenbusch le pareció estranjera la frase, pudo (pues ha dado pruebas de que como corrector todo lo puede) traducirla al castellano: esto hubiera sido censurable; pero no tanto como haber puesto aquel *pasmado* que nos pone. ¿Ha visto el curioso lector aquellas cabezas, pintadas en algunos relojes de pared que acompasadamente vuelven los ojos á derecha é izquierda, permaneciendo ellas siempre inmóviles? pues esta es la verdadera efigie de la cabeza de Don Quijote, al volver y revolver los ojos pasmado, sin decir palabra.

Don Quijote no estaba *pasmado*, sino *asombrado* de ver que allí donde siempre lo habia visto y hacia pocos dias lo habia dejado, no estaba el aposento de sus libros.

La pintura de Cervantes no puede ser mas animada y verdadera. Vemos en ella al loco andar de una en otra parte, buscando su aposento; y al llegar donde solia estar la puerta, y no viéndola, no firse ya de sus ojos, y llamar en su socorro al tacto, tentando con las manos, con el ansia de un hombre que, presa de una horrible pesadilla, lucha y relucha con el testimonio de sus sentidos. Pero las manos tampoco hallan la puerta; y entonces, vuelve y revuelve los ojos *por todo*, buscando todavía lo que, á pesar de no encontrarlo, era forzoso que allí estuviese.

La angustiosa impresion que al buscar su aposento esperimentó Don Quijote, ó mejor dicho, la impresion que esperimentó Cervantes al tiempo que esto escribia, la sentimos ahora mismo.

La cabeza de loco pintada por el inmortal Cervantes, tiene movimiento y vida: la que pinta el señor Hartzenbusch, es (ya lo he nos dicho) una cabeza pintada en un reloj de pared.

Párrafo XVII.

Parte II, cap. XLV. Nota 25, tomo IV.

Texto de Cervantes. «De buena gana, respondió el sastre, y sacando en continente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco *caperuzas*, puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano.»

El señor Hartzenbusch, escribe *caperucicas* por *caperuzas*, y dice: «Cervantes, que tan admirable y fácilmente lo pintaba todo, no pudo en mi concepto, omitir una voz que indicase el tamaño de las caperuzas, antes de las palabras *puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano*. Creo firmemente que escribiria en su original el diminutivo de *caperuza*, ó que si empleó este vocablo en efecto, lo acompañaria del adjetivo *tamañitas* ú otro.»

No escribiendo Cervantes el diminutivo *caperucicas* (de mal gusto, por su sabor á melecocha), ha dado mas gracia y vida á la frase. ¿Qué necesidad tiene de decirle al lector que las caperuzas son pequeñas, si se las pone á la vista colocadas en las cinco cabezas de los dedos de una mano? Lo que haria aquel diminutivo seria perjudicar al efecto de la pintura, pues prevendria al lector, privándole del gusto de apreciar por sí mismo el verdadero tamaño de las caperuzas.

¿No ha notado el corrector oculta debajo del herreruelo del sastre aquella mano, que presentó despues, en el momento preciso en que presentándola pudo producir el mayor efecto en el ánimo de los concurrentes? Pues bien, lo que hizo el sastre con su mano, hizo Cervantes con sus palabras. Haber escrito *caperucicas*, hubiera sido sacar el sastre la mano antes de tiempo: escribir *caperuzas*, fue sacar la mano el sastre cuando debió sacarla.

Es un placer para el lector el ver por sí mismo cosas que el novelista no dijo espresamente; y es uno de los grandes secretos del genio, el saber proporcionar este placer y graduar las dificultades, para que sin un grande esfuerzo, vean los lectores cuando leen, lo que el vió cuando escribia.

Le bastó á Cervantes escribir que Don Quijote respondió con voz *no muy desmayada*, para que veamos á éste salir de su profundo abatimiento.

Cuando Sancho despierta soñoliento y perezoso, y vuelve la cara á todas partes, no podemos darnos razon de por qué hace aquello; pero cuando luego le oimos decir: «De la parte de esta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto mas de torreznos asados que de juncos y tomillos.» Ya vemos que el volver la cara á todas partes fue para cerciorarse, olfateando, de cuál de ellas venia aquel tan agradable tufo: vemos aquí á Sancho convertido en perro perdiguero; y sin embargo, nada de esto ha dicho Cervantes. La verdad y viveza de este cuadro, son debidas, no á la profusion de los detalles, sino á lo bien entendido de los toques.

Por lo mismo, pues, que Cervantes lo pintaba todo tan admirable y fácilmente, no puso el diminutivo *caperucicas*, donde lo ha puesto el señor Hartzenbusch.

Párrafo XVIII.

Parte II, cap. LXIII. Nota 113, tomo IV.

Texto de Cervantes. «Los dos turcos, codiciosos é insolentes, sin guardar el órden que traíamos de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de cristianos de que veníamos proveídos, nos echasen en tierra, primero quisieron *barrer* esta costa y hacer alguna presa si pudiesen...»

El señor Hartzenbusch, sin dar razon alguna, ha puesto *correr* en lugar de *barrer*.

Si tuvo alguna razon el corrector para hacer esta enmienda ¿por qué no la dijo? y si ninguna razon tuvo para hacerla ¿por qué la hizo?

Por ventura, ¿es cosa de poco momento el quitar una palabra y poner otra en su lugar en una obra que tan grande respeto se merece, y que tanto y tanto se ha comentado y corregido? ¿es que el corrector tomó á *barrer* por errata clara y evidente? Pues si por tal la tomó, en verdad que no hizo bien; pues en el *Viaje del Parnaso*, dice Mercurio:

«De Italia las riberas he *barrido*;»

y un *barrer* y un *barrido* dan por resultado la sospecha de que la palabra que se ha desterrado del texto como una errata grosera, está en él usada en su verdadera y legítima acepcion.—Demos ahora un paso mas, y tocaremos la evidencia de que ni tal errata existe, ni por consecuencia, semejante correccion ha debido hacerse.

En efecto, el mismo Cervantes define con la mayor precision y claridad, lo que significa en los lugares en que la usa, la palabra *barrer*. Hé aquí lo que dice en el capítulo XI del libro II del *Persiles*: «Las riberas de una isla *barriamos*, quiero decir, que íbamos tan cerca de ella, que distintamente conocíamos, no solamente los árboles, pero sus diferencias.»

Pues bien, como el ánimo de los turcos era hacer alguna presa, por eso *barrian* la costa: es decir, que iban muy cerca de tierra para que les fuese fácil saltar en ella á la primera ocasion favorable al designio que llevaban.

(Se continuará.)

ZACARIAS ACOSTA.

DE LA POBLACION PRIMITIVA DE AMERICA.

La historia primitiva de América, como la de mayor parte de los pueblos del mundo antiguo, se halla envuelta en una oscuridad profunda: apenas algunas noticias vagas y confusas han llegado hasta nosotros al través del denso velo que nos oculta su pasado, sirviendo como de norte para guiarnos en las investigaciones acerca del orígen de sus primeros pobladores. Consideradas aisladamente, estas noticias no parecen tener importancia ninguna; pero coordinadas y unidas á los datos que nos suministran los adelantos de la ciencia moderna, arrojan gran luz sobre la materia y vienen á descubrir lo que se habia considerado como un misterio. Sin embargo, al manifestar aquí ciertos hechos que la ciencia reconoce como innegables, no pretendemos haber resuelto la cuestion de un modo definitivo, porque es tal vez destino del hombre el que los problemas que mas le interesan sean aquellos de mas difícil solucion.

Cuando los primeros navegantes españoles llegaron á América, la encontraron habitada por un pueblo numeroso que en algunos puntos como en Méjico, por ejemplo, se hallaba en un estado de civilizacion muy avanzada; pero ¿cuál era el orígen de este pueblo? ¿Se le debia considerar como una raza independiente de las del mundo antiguo, ó descendia del mismo tronco del que se habia separado en una época lejana y desconocida? Siguiendo la relacion mosáica, este pueblo no podia tener un orígen distinto del nuestro; pero la dificultad que habia en esplicar cómo y en qué época se habia separado de los pueblos que habitaban el mundo antiguo, era un motivo, al parecer poderoso, para suponer que procedia tal vez de otro tronco, aunque el conocimiento y el exámen de ciertos hechos hubiera bastado por sí solo para llegar al descubrimiento de la verdad.

Tres cosas hay que pueden guiarnos en esta investigacion, el idioma, los caracteres físicos y fisiológicos, y las tradiciones históricas y religiosas. Desgraciadamente el conocimiento que tenemos de los idiomas americanos es muy imperfecto aun; sabemos, sin embargo, que en general presentan una grande analogía con los del Asia, y Mr. Malte-Brun halló este encadenamiento, que él llamaba *geográfico*, entre los idiomas de América (principalmente los del centro) y los del Asia Oriental. Sabemos tambien que de los cuatro idiomas que se hablan en Méjico, el othomí, que es la lengua de los habitantes de las montañas, tiene una estraña semejanza con el chino y con el thibetano: como estos dos, el othomí es puramente monosilábico. Las palabras carecen en general de flexion gramatical; una misma palabra puede servir de sustantivo, de adjetivo y de verbo, segun la acentuacion que se le dé y significar alternativamente amor, amante y amar, lo cual es propio de los idiomas chino y thibetano. Hay muchas palabras que son iguales en estos tres idiomas; por ejemplo, *yo*, en chino es *ngo*, en thibetano *nga*, en othomí *nga*; *hacer*, en chino es *tso*, en thibetano *mtsad*, que se pronuncia *tsad*, en othomí *tsa*, etc. Mr. Ampera hace notar con razon que la semejanza del chino con el othomí es tanto mas estraña, cuanto que el primero es radicalmente distinto de todos los idiomas conocidos. Mr. Foncaux hace la misma comparacion entre el othomí y el thibetano en su gramática de este último idioma. El chino, el thibetano y el othomí forman un grupo de idiomas aislado, al cual no se asemeja mas que el japonés, y en una escala mucho menor el anamítico: creer que la semejanza del othomí con los dos primeros es casual, seria un absurdo: donde hay una identidad tal de idioma, es porque hay comunidad de orígen; los pueblos que hablan idiomas tan semejantes son hermanos. Las leyes, ha dicho el célebre Rask, las costumbres, la religion, se pierden ó se cambian al contacto con otros pueblos; pero el idioma queda, y para penetrar en un pasado oscuro donde la tradicion cierta nos falta, donde la historia está frecuentemente interrupida, no hay guia mas seguro que las lenguas. Si el escaso conocimiento que tenemos de las americanas nos presenta ya una afinidad tal entre el Asia y el Nuevo-Mundo ¿no es

de creer que un conocimiento mas exacto de todas ellas nos descubriria nuevas analogías entre la América y el mundo antiguo?

Si pasamos á examinar los caracteres físicos de la raza americana, hallaremos que una gran parte de ella tiene una semejanza muy marcada con la de los pueblos mongoles que contiene en sí los descendientes de los Hiong-nu, conocidos por los nombres de hunos, de kalkas, etc. «Observaciones recientes han probado, dice *Humboldt*, que no solo los habitantes de Vualaska, sino muchas tribus de la América meridional, indican por los caracteres osteológicos de la cabeza un paso de la raza americana á la raza mongol.» Creemos sin embargo, que al hablar así Humboldt se fijaba mas en los pueblos de la América central, en los habitantes de Méjico, Bogotá y de algunos otros puntos, que en la totalidad de las razas del nuevo continente. Los pueblos de los países que acabamos de citar, presentan el tipo mongol en toda su pureza; como los hombres de esta raza tienen el rostro redondo, los pómulos salientes y la barba escasa. La mayor parte de las razas americanas ofrecen caracteres idénticos á los de diferentes pueblos del Asia; pero al lado de estas razas hallamos otras cuyos caracteres físicos presentan una estraña analogía con los de los habitantes de otras partes del globo. En el centro y en el Sur de América se han hallado esqueletos cuya cabeza era igual en un todo á la de los escandinavos, y sin embargo por ciertos indicios seguros, se sabe que estos esqueletos eran de naturales de América, de individuos pertenecientes á tribus que tal vez existen aun hoy y que como la mayor parte de ellas se han estudiado poco. Sabemos además, que Colon quedó sorprendido al ver la semejanza que había entre los indígenas de Haití y los naturales de las Canarias que acababa de dejar.

En cuanto á la estatura, á las facciones y á la belleza física, los pueblos americanos presentan tipos muy diferentes entre sí, sin que pueda decirse que estas diferencias provienen de la diversidad del clima, de las costumbres etc., porque muchas veces se encuentran los tipos mas distintos, viviendo unos al lado de otros. El Libro Sagrado de los quichés nos habla tambien de

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—LA PROCESION DEL CORPUS EN UN PUEBLO DE CATALUÑA.—CUADRO DE DON EDUARDO LLORENS.

hombres blancos y negros: «Allí, dice, vivian en la alegría los hombres blancos y los hombres negros; dulce era el aspecto de estas gentes, dulce el lenguaje de estos pueblos. Herrera, Vazco Nuñez de Balboa, Gomara y Guinilla nos hablan de hombres negros que habitaban en diferentes puntos de América, y varias tradiciones indígenas citan tambien hombres de este color, pero no conociéndose bien la raza negra que habitó el Nuevo-Mundo, no trataremos de compararla á ninguna de las del mundo antiguo, aunque debemos notar sin embargo, que Gomara dice que los negros del nuevo continente, *eran completamente iguales á los de Guinea*. Las tradiciones de algunos países de América hablan tambien de hombres blancos; estos parecen haber ido allí en una época muy lejana en efecto, *pero sin embargo* posterior á aquella en que se pobló el gran continente americano.

En cuanto á la parte moral, si vamos á examinarla, hallaremos que las facultades intelectuales de las razas americanas son en general muy superiores á las de los habitantes del Africa: si algun viajero al hablar de los pueblos de América los ha pintado con colores repugnantes, es, porque ha tomado por tipo á alguna de esas tribus degradadas que están en el último punto de la escala social é intelectual, procediendo del mismo modo que si se fuera á juzgar á los habitantes del Asia por los tristes habitantes de sus regiones polares. Las razas americanas están dotadas de facultades intelectuales que se hallan casi al nivel de las nuestras y pueden llegar fácilmente á un grado de cultura á que no llegaria probablemente nunca el habitante del interior del Africa.

Creemos que las ligeras indicaciones que hemos hecho acerca de los idiomas y de los caracteres físicos de la raza americana, son suficientes para probar que hay analogía, en efecto, entre los pueblos del antiguo y del nuevo continente; veamos ahora qué luz pueden darnos en esta materia las tradiciones y las noticias de los indígenas.

Las mas antiguas tradiciones mejicanas dicen, que los primeros habitantes de América habian ido de tierras lejanas del Norte ó del Oriente, *en doce emigraciones sucesivas*; los primeros habian sido los *chichimeques*, pueblo salvaje que vivia de la caza; despues habian ido los *colhuas*, que enseñaron á los chichimeques á cultivar la tierra y á cocer los alimentos; mucho tiempo despues habian llegado los *nahuas*, que segun la tradicion, habian ido en cavernas, las cuales no serian mas que barcos ó buques. Estos nahuas cambiaron la religion del país é introdujeron el culto de los ídolos. Segun la opinion de Sahagun, ellos fueron los que colonizaron á Méjico. El jefe de las tribus nahuas era un anciano venerable, que de su primera mujer tuvo seis hijos, que fueron padres de seis naciones distintas; una de estas fue Méjico.

Los escritores que han tratado de la historia antigua de América, dan las noticias mas contradictorias acerca de los chichimeques; los unos nos los pintan como un pueblo feroz y cruel, los otros como tribus pacíficas y tranquilas. Examinando con atencion los anales mejicanos, hallaremos que la palabra chichimeque no es el nombre de un pueblo ni de una tribu, sino una voz colectiva para designar las diferentes tribus que en los tiempos primitivos vinieron á poblar el Nuevo-Mundo. Estas tribus, probablemente de origen distinto unas de otras, se esparcieron por el centro de América; las unas menos civilizadas, se entregaron á la vida salvaje; las otras mas civilizadas ó de instintos mas pacíficos, adoptaron otras costumbres, llegando á cierto grado de cultura social, en el momento en que se hallaron en contacto con la raza colhua, que fué allí posteriormente. Esta raza indica ya la autoridad paternal y tal vez

ESPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.—UNA CASCADA DE HIELOS ETERNOS, DE ROSALES (SUIZA).—CUADRO DE D. MARTIN RICO, PREMIADO CON LA MEDALLA DE SEGUNDA CLASE.

el culto de sol y de la serpiente. La época de su llegada á América parece haber sido muy remota, porque algunos siglos antes de Jesucristo se habia esparcido ya por diferentes puntos de América, llevando consigo una civilizacion, de la que aun podemos juzgar por las ruinas de Palenque y Mayapan. A esta raza la siguieron los nahuas ó razas mejicanas que empezaron á emigrar del Nordeste algunos siglos antes de nuestra era y que continuaron mucho despues. El carácter de los nahuas contrasta con el de los colhuas de un modo notable; los colhuas eran un pueblo pacífico, religioso y que poseia una civilizacion ya avanzada; los nahuas, por el contrario, eran de carácter violento y feroz; devoraban los cautivos y hacian sacrificios humanos; para ellos el valor y el desprecio de la muerte eran las primeras virtudes. Esta raza parecia haberse estendido por toda la América, fundando en algunos puntos estados poderosos. Las nueve emigraciones restantes no son ya de tanta importancia para esta cuestion, porque cualquiera que fuese el punto de donde procedieran, encontraron ya poblada la América por las emigraciones anteriores y principalmente por la de los nahuas ó razas mejicanas.

Los pocos documentos que tenemos, relativos á la historia antigua de América, indican que la primera raza que habitó el nuevo continente, profesaba ese sabeismo antiguo, que menciona el Libro Sagrado y que algun tiempo despues se estendió desde las orillas del Mississipi hasta las del Orinoco; á esta raza vino á unirse otra que trajo consigo el culto de la serpiente y una civilizacion ya muy avanzada. La tercera, que fue la de los nahuas, introdujo en aquellos paises el culto de los ídolos y sometió á la mayor parte de los pueblos de la América central; á estos pueblos confundidos con los conquistadores, pero no destruidos por ellos, es á los que pertenece la poblacion de Méjico y de toda la América central. En la época de la conquista de los españoles, Méjico presentaba aun un carácter asiático, tanto por sus costumbres y sus ritos, como por sus monumentos. Las Casas, dice, en un manuscrito, que creemos inédito, que la ciudad de Colhuacan, en el Estado de la Sonora, que contaba una poblacion numerosa, presentaba el ejemplo de una disolucion aterradora debida á las instituciones flálicas que estaban establecidas allí desde tiempo inmemorial. Vicios contrarios á la naturaleza en los hombres; jóvenes que por los sacerdotes se entregaban ya mancilladas al esposo; mujeres que se consagraban por fiestas escandalosas al servicio del templo, como sucedia antiguamente en Babilonia, eran instituciones respetadas. Colhuacan, era una ciudad monumental; sus innumerables templos y sus tumbas magníficas, hacian que las naciones vecinas la considerasen como una ciudad santa y que fuera allí un gran número de gentes á ofrecer sacrificios.

No insistiremos mas acerca del carácter asiático de la raza mejicana: si al tratar esta cuestion nos hemos fijado con preferencia en ella, es, porque las tradiciones indígenas y los pocos datos históricos, que aunque confusos, se conservan de la época antigua, están conformes en considerar á Méjico y al centro de la América como el punto que se pobló primero y de donde partió la poblacion para esparcirse por los demás puntos del nuevo continente.

Otras tribus de América, principalmente en las costas del Océano Pacífico conservan la tradicion de que en otro tiempo habian ido allí á comerciar hombres de paises remotos que se hallan del lado de allá del mar. Las comunicaciones entre la costa del Pacífico y el estremo oriental del Asia, como el Japon, la Corea, etc., han debido ser muy frecuentes en otro tiempo. Los indios de Ica y Arica decian que sus antepasados tenian la costumbre de navegar á islas muy distantes situadas al Poniente y que hacian el viaje en balsas sostenidas sobre cueros de lobo marino.

Todos estos datos y estas tradiciones, parecen probar de un modo indudable que los primitivos habitantes de América ó por lo menos una gran parte de ellos, procedia del Asia, aun cuando ha habido algunos tal vez, (y entre estos la raza negra que citan varios autores) que habria ido del Africa y establecídose en Yucatan, en Haiti, en las orillas del Orinoco, en el Brasil, etc. Los anales mejicanos, dicen, que las doce emigraciones sucesivas habian ido allí del Norte ó del Oriente, lo cual se ha citado muchas veces como para probar que no era posible que estas emigraciones procedieran del Asia, pero en la época remota en que tuvieron lugar, ¿sabemos, acaso, qué camino podrian seguir, al atravesar el norte de la Europa? Además de esto, los anales mejicanos al hablar asi se fijan solo en las emigraciones mas importantes, en las primitivas que poblaron aquellos paises y que tal vez no serian muy numerosas; porque es completamente indudable que ha habido otras varias que procedian del Asia y que llegaron á las costas del nuevo continente atravesando el mar Pacífico.

Como quiera que sea á cualquiera parte que volvamos la vista en el Nuevo-Mundo, en donde quiera que examinemos el idioma, las costumbres ó las tradiciones de sus habitantes; allí encontraremos indicios ciertos, indudables de que la poblacion del nuevo continente ha ido á habitarle en épocas distintas, de paises del mundo antiguo, y que por estraño y difícil que parezca este hecho, todo nos induce á considerarle como verdad. Podríamos citar aun una multitud de datos y de tradiciones que la pondrian mas de manifiesto, pero para hacerlo así, hubiéramos debido estendernos mas de lo que nos hemos propuesto: tal vez algun dia volvamos á tratar esta cuestion, y entonces lo haremos mas detalladamente.

A.

CANTICOS DEL NUEVO MUNDO.

I.

Hace pocos dias llegó por casualidad á mis manos un libro en verso, impreso en Nueva-York en 1860, cuyo autor era don Fernando Velarde, y cuyo título es el que encabeza estos renglones. Nunca he tenido grandes deseos de atravesar el Atlántico, porque para mi ambicion, á Dios gracias ya satisfecha, me ha parecido siempre teatro mas que suficiente nuestra querida península, y ojalá pensasen como yo esos mil ares de pobres é incautos jóvenes, nuestros compatriotas, que buscando la realizacion de mentidos sueños de felicidad, van á encontrar una tristísima sepultura, olvidada apenas se cierra, en el Nuevo Mundo donde por primera vez conocen cuán desconsolador es dirigir la vista al horizonte y no descubrir el campanario de su aldea y el humo que se alza del hogar de sus padres. Pero á pesar de que no tengo gran deseo de contemplar desde cerca el mundo de Colon, ó mejor dicho del diablo, que parece haberse apoderado de aquel hermoso y desventurado continente, me gusta observar y estudiar, aunque sea desde lejos, la vida y el progreso de aquellos paises á donde nuestros antepasados llevaron su civilizacion y su idioma. Por eso acogí con alegría y viva curiosidad el libro que llevaba el título de *Cánticos del Nuevo Mundo*; pero los primeros versos en que fijé la vista me revelaron que su autor habia nacido en nuestras montañas cántabras y me revelaron mas aun: que vivia con el corazon y el pensamiento en ellas, lo cual era para mí un gran título de simpatía y aun pudiera decir de cariño.

Pidiendo á la persona que me habia facilitado el libro noticias del autor, me dijo que don Fernando Velarde, nacido en las orillas del Visaya, es decir, en las montañas de Santander, es uno de los españoles que por su ilustracion, su laboriosidad, su talento y sus nobles sentimientos mas honran á nuestra patria en América. Dedicado á la enseñanza de la juventud, para lo cual posee grandes y multiplicados conocimientos, con sus libros y su palabra ha proporcionado la mas sólida y brillante educacion á multitud de jóvenes en la mayor parte de las repúblicas hispano-americanas, en cada una de las cuales se fija por algun tiempo para pasar sucesivamente á las demás. Sé particularmente que la mas dulce esperanza de su vida es la de volver á los valles donde pasó la infancia y esperar en ellos el término de su fecunda y laboriosa vida; pero si así no lo supiera, sabrialo por el libro que motiva este artículo, libro cuyas páginas están perfumadas y vivificadas con el dulce y santo amor de la patria.

Damos á conocer los *Cánticos del Nuevo Mundo*, copiando los trozos que mas caracterizan á la obra y al autor, porque justo es que en España se conozca y se aprecie debidamente á aquellos de sus hijos que la aman y la honran en el estranjero, si es que estranjeros podemos llamar á aquellos paises donde hierve nuestra sangre, vive nuestra fe y se habla nuestro idioma.

El libro empieza con un cántico de dolor, que no se puede leer ni oir, sin profunda emocion. El poeta se prepara á abandonar, ¡quizá para siempre! las montañas donde están todos sus recuerdos y todos sus amores de niño y adolescente, y en la triste velada que precede á su partida, desgarra su corazon con estas magníficas estrofas que rebosan lágrimas y desconsuelo:

La tarde estaba triste, fatídica y medrosa,
como un tenaz recuerdo de un ya imposible amor;
los montes proyectaban su sombra silenciosa,
las brisas murmuraban un himno de dolor.
En medio de las brumas que pálidas flotaban
allá en los horizontes magníficos del mar,
del sol á los reflejos las naves blanqueaban
cual cisnes que en otoño se juntan y se van.
Yo contemplaba inmóvil aquellas playas solas
como un emblema triste de mi doliente amor
y en los peñascos cóncavos los vientos y las olas
bramando se estrellaban con lúgubre fragor.
La noche que llegaba, los mares que rugian,
del sol agonizante la amarillenta luz,
las aves que pasaban, las hojas que caian,
de un templo, ya ruinoso, la solitaria cruz:
Mi espíritu llenaron de insólita grandeza
y voces de otros mundos y músicas oí,
y en un deliquio inmenso de júbilo y tristeza
tu augusta apoteosis en el empíreo ví.
Jamás será tu esposa—los ángeles dijeron,
la muerte sollozando besó mi corazon,
y en todos los abismos los ecos repitieron:—
¡Oh sueño de mis sueños, ¡adios! ¡adios! ¡adios!

Anoche, sorprendiendo mi madre en mi tristeza
la causa verdadera de mi afliccion quizá,
¿qué tienes? me decia; mas yo tan solo pude
echarme entre sus brazos, mirarla y sollozar.

. . . . . .

Tú has visto esos hondos cantábricos mares
rugir bajo el ala del negro huracan;
tú has visto esos tumbos que avanzan hirvientes
y chocan y saltan en blancas columnas
y brillan y caen y vienen y van.
Tú has visto esas rocas que el mar no carcome,
que el sol no calcina ni abate el turbion;
contémplalas firmes despues de cien siglos.
Pues mira cual ellas, allá entre las olas
del mar de los tiempos, será mi pasion.
Y entonces las cartas de un rústico niño
tal vez te avergüencen, te cansen quizá.
¡Las cosas lejanas se olvidan tan pronto!
—Las tristes estrofas que escribo llorando
tu mano inconstante tal vez romperá.
¡Ay todos me dicen que todo se olvida,
que pasa y no vuelve jamás el amor!
Y yo me estremezco de horror al oirlo,
se caen de tristeza las alas del alma,
se borra del alma la imágen de Dios!...

. . . . . .

Yo haré que te canten en todas las lenguas,
poetas dolientes, amantes sin fin;
yo haré que bendigan tu nombre y tu imágen
en todas las playas de todos los mares
y en todos los tiempos que están por venir.

Despues de exhalar este dolorido cántico, se embarca en Santander, y cuando va perdiendo de vista al continente, cuando ya solo ven sus ojos los cielos y la mar, esclama:

¡Oh patria! si supiera que nunca volveria
debajo de tus robles por fin á descansar,
en medio de estas hordas audaz me lanzaria
y al menos ¡ay! mis huesos llegaran algun dia
en tus riberas tristes por siempre á descansar.
¡Oh hermoso paraiso de paz y de alegría,
feliz ó desgraciado, yo siempre te amaré!
Te quiero con el alma, gloriosa patria mia;
no esperes que te pague con vil apostasía.
Jamás cosmopolita ni apóstata seré.

La nave continúa alejándose de las costas españolas y el poeta ve de repente surgir de las aguas un monte cuya cima, al tocar el cielo, se enciende y esparce su rojiza luz por las soledades marinas. Aquel monte es el volcánico Teide que señorea el archipiélago Canario, y el poeta le saluda con un entusiasta cántico:

¡Salud, salud mil veces, gigante del abismo,
magnífico fragmento del Atlas colosal!
En medio de las nubes altísimas pareces
pirámide estupenda, gigántico fanal.
De opuestos hemisferios los límites señalas
y ves el gran desierto de Sahara abrasador
en tanto que en tus flancos se estrellan las corrientes
que vienen de los polos y van al Ecuador.
¡Tú has visto los portentos del mundo primitivo,
quizá contemporáneo de Adan y de Noé:
tú has visto los fantasmas de la existencia humana
pasar como esas olas que mueren á tus pies!
¡Oh Teide! ¿que decias allá en el siglo quince
al ver al hombre débil del globo vencedor,
al ver el genio inmenso del inmortal Colombo,
al ver de Gama ardiente la audaz inspiracion?
Sin duda enmudecistes en medio de tu asombro
al ver aquellos héroes del piélago al través,
al ver los portugueses del fin del siglo quince,
al ver los castellanos del siglo diez y seis.

Cuba, la reina de las Antillas, la perla del Atlántico, se presenta al fin á los ojos del poeta y éste la saluda tambien con un cántico rico de patriotismo, de patriotismo nunca mas laudable que entonces, porque entonces alargaba audazmente su mano rapaz á la mas rica joya de la corona de Castilla,

esa audaz demagogia que intenta
convertir lo mas bello del mundo
en garita de cafres inmundos
ó en burdeles de infame placer,

como decia el poeta aludiendo á la codicia norte-americana.

En la isla de Pinos se siente el poeta lleno de inquietud. No sabe si lo que siente es alegría ante la hermosura de aquella espléndida naturaleza americana, ó tristeza al recuerdo de Europa. Entonces tambien canta; pero su canto es triste, está ungido de lágrimas y melancolía. Oigamos algunas de sus estrofas:

¡Siento en mi corazon nostalgia eterna,
siente mi corazon melancolía!
¡Triste, lejana, melodiosa y tierna
siempre escucha una voz el alma mia!
En vano, en vano contemplé entusiasta
esta feliz americana tierra;

su eterna pompa al corazon no basta,
otro hemisferio mi fortuna encierra.
Mas á mi genio turbulento agrada
vagar perdido en absorcion profunda
y en las reliquias de la edad pasada
buscar terrible inspiracion fecunda.
Mas me complace al moribundo brillo
del triste ocaso, divagar en torno
de algun antiguo y colosal castillo
que yace en ruinas, sin blason ni adorno.
O en las medrosas solitarias naves
de alguna inmensa catedral cristiana
alzar la mente en distracciones graves
cuando resuena la fatal campana,
cuando su lenta vibracion doliente,
en las riberas cántabras retumba
y desfallece el sol en Occidente.
. . . . . .
Aun recuerdo tristemente
el entusiasmo doliente,
la augusta melancolía
que siendo niño sentia
cuando en alta noche oia
las vibraciones lejanas
de las fúnebres campanas
del convento de Corbán.

(Se continuará).

ANTONIO DE TRUEBA.

EL PINTOR

ALONSO SANCHEZ COELLO.

(ROMANCE BIOGRÁFICO).

Emulo del mismo Apeles,
Con su pincel inspirado,
Alonso Sanchez dió vida
En sus magníficos cuadros
A las brillantes ideas
Que de su genio brotaron.

Tuvo en Valencia su cuna,
Y vió Portugal con pasmo
Las primeras creaciones
Del artista valenciano.

De Príncipes y Monarcas
Hizo muy buenos retratos,
Y con su amistad los Príncipes
Y los Monarcas le honraron,
Y el rey Felipe Segundo,
Con su proteccion y amparo,
Dióle hospedaje amistoso
En su mismo real palacio.

Muchas veces el buen Sanchez
Retrató al Rey, que prendado
Quedó del sublime artista
Y de su noble entusiasmo.
En su estudio penetraba
Con cuidadoso recato
Y sorprenderle solia
En difíciles trabajos,
Que siempre hallaban por premio
Elogios del Soberano.

Fue Sanchez, de los pintores
Que en su tiempo figuraron,
El que consiguió mas honra
Y el que ganó mas ducados.

Lejos de la córte Alonso,
El Rey su cariño franco
Quiso mostrar al artista
Y escribióle comenzando
Sus cartas: *A Alonso Sanchez*
Nuestro hijo muy amado.

Y cuando del Escorial
Las obras se terminaron,
Aunque á Alonso en aquel tiempo
Ya le abrumaban los años,
Dispensarle el Rey no quiso
De llevar al templo santo
Algunas ricas pinturas,
Que fuesen, su nombre honrando,
Dignas de la maravilla
Que dió gloria á su reinado.

Pintó en un altar entonces
A *San Anton* con *San Pablo*;
San Lorenzo y *San Estéban*
En otro altar admiramos,
Figuras que, en sus martirios
El arte divinizando,
Muestran, con la luz del genio,
La pura fe del cristiano.

Hizo del Padre Sigüenza
Tan escelente retrato,
Que en los colores del lienzo
Presenta el vivo traslado.
Es tambien de gran valor
El que hizo de San Ignacio
De Loyola, pues Pacheco,
Con razon al elogiarlo,
Diz que vence en parecido
A cuantos de él se pintaron.

A su estudio debió el arte
El lienzo tan celebrado
De *Las Furias*, y en su estudio,
Sus modelos imitando,
Se ejercitó el gran talento
De don Felipe de Liaño.

De las mas notables obras
Del artista nos privaron
Los incendios ocurridos
En la real casa del Pardo
Y en la de Madrid, y solo
De sus lienzos han quedado

Los que pintó en San Lorenzo
Y aquel famoso trabajo
Del *San Sebastian*, pintura
En que un destello encontramos
De la inspiracion del cielo,
Que llena el alma de encanto.

Fue doña Isabel, su hija,
Discípula que, heredando
El talento y los pinceles,
Sus triunfos ha conquistado.
Y el bello *Laurel de Apolo*
De Lope de Vega Carpio,
Honra en sus hojas divinas
Al de los divinos cuadros.

Que si el rigor de las llamas
Destruir pudo los rasgos
Brillantes de nuestro artista,
Dióle la gloria en sus lauros
Ese nombre que la patria
Graba del arte en los fastos,
Que en los anales del genio
Se ostenta inmortalizado.

EDUARDO BUSTILLO.

IDEA QUE TIENEN LOS CHINOS DE LOS SUPLICIOS QUE SUFREN EN EL OTRO MUNDO LOS INCENDIARIOS.—Entre los diferentes castigos que suponen los chinos han de sufrir en la otra vida los condenados que en ésta hayan infringido la ley, hay uno para los incendiarios, que representamos en la siguiente viñeta, y cuya esplicacion tomamos de *La Vuelta al Mundo*.

«Es un mandarin descoyuntado, aplastado entre dos cuerdas giratorias de durísimo hierro á que imprimen movimiento dos impasibles verdugos, mientras que perros hambrientos se precipitan al pie del suplicio para chupar la sangre que chorrea y devorar los palpitantes miembros de la víctima.»

—

Se ha calculado que al presente hay 3,254 doctores que practican el sistema homeopático, la mitad de los cuales reside en los Estados-Unidos, donde han organizado tres colegios, uno en Ohio, otro en Chicago y otro en Filadelfia. En Alemania hay cinco escuelas homeopáticas, dos en Praga, dos en Munich y una en Viena, y además un profesor de veterinaria tambien del mismo sistema. Se calcula que hay 506 doctores homeópatas en toda la Alemania, 35 de los cuales son veterinarios; 24 practican en los hospitales; 37 son médicos legales ó cirujanos. Hay 10 hospitales especiales de este sistema, 9 de los cuales están en Austria: entre los mas importantes de estos se cuentan tres en Viena con 160, 80 y 60 camas cada uno respectivamente; en este número no está incluida la casa de Salud de Lucke, en Koethen. Francia cuenta 303 doctores homeópatas; España 100; Inglaterra 244; Bélgica 26; Holanda 7; Suiza 34; Italia 141; Escandinavia 42; los Principados del Danubio 4; Rusia 67; Portugal 47; Asia 4; Africa 6. Además de los hospitales de Austria que ya hemos citado, los hay tambien en Lóndres (que cuenta dos de ellos) en Moscou y en los Estados-Unidos, en Boston, Chicago y Filadelfia. Las testas coronadas que protegen la homeopatía son: el rey y la reina de Hannover, el rey de Cerdeña, el papa, los duques reinantes de Sajonia Coburgo, Anhalt, etc., los príncipes reinantes de Sondershausen y Lichtenstein, etc. El difunto príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, era tambien muy partidario de la homeopatía.

LA VIRGEN DE LA PRADERA.

(CONTINUACION.)

¿Por quién rogaba aquella sencilla jóven? ¿Rezaba por la salud de su madre? No. ¿Por quién rezaba? Ella misma lo ignoraba, y su corazon latió al rezar, y tambien ignoraba por qué latia su corazon.

Pedro pasó cazando toda la mañana y toda la tarde; por la noche durmió en una corraliza con dos de sus labradores; el dia siguiente tambien lo empleó en cazar, y al obscurecer regresó á la aldea. Pedro habia muerto dos liebres, un conejo y una perdiz: una liebre y el conejo dejó en su casa, y la otra liebre y la perdiz llevó á Fernanda, segun costumbre que tenia. Cuando nuestro buen jóven entró en casa de Fernanda, se encontraban en la cocina hablando muy de broma, Fernanda, su madre y dos aldeanas.

—¿Has cazado mucho? le preguntó la tia Isabel.

—Dos liebres, un conejo y una perdiz, respondió Pedro muy contento; una liebre y el conejo he dejado para mi padre, y traigo á ustedes la otra liebre y la perdiz.

—Ya podias haberme traido á mí el conejo y dejar la perdiz para tu padre, dijo Fernanda con mal gesto; siempre me traes lo que menos me gusta.

—Te engañas, contestó Pedro sentándose á su lado, porque hace pocas noches dijiste que te gustaba mas la perdiz que el conejo, y por eso he dejado el conejo para mi padre.

—Lo mismo da; contestó la tia Isabel.

—Si supieras lo que soñé anoche, continuó Fernanda con desdeñosa sonrisa.

—¿Qué soñaste? preguntó Pedro con ademan contemplativo.

—Que me habias abandonado á mí y te casabas con otra.

—¡Ave-María Purísima! esclamó su madre.

—¿Y con quién me casaba? preguntó Pedro sonriendo con candor.

—Acuérdalo tú.

—¿Con la Juana? dijo Pedro sonriendo.

—No.

—¿Con la Antonia?

—Tampoco.

—¿Pues con quién?

—Con la María, respondió Fernanda.

—¡Jesus! esclamaron á la vez todas las mujeres que allí estaban.

—¡Bendito sea Dios! murmuró santiguándose la mas vieja de las dos aldeanas, á dónde ha ido á parar con su sueño, á la mas miserable de la aldea.

La tia Isabel miró á sus dos vecinas é hizo un gesto de desprecio. Entonces Pedro dijo:

—A sazon de la pobre María, esta mañana la encontré llorando en las gradas de la Virgen de la Pradera, la pregunté qué tenia y me contestó que estaba su madre muy mala.

—Si está bastante mala, repuso una de las dos aldeanas.

—Aunque se muriera, maldita la falta que hace; murmuró Fernanda.

—No digas eso, Fernanda, continuó Pedro.

—¿A qué hora viste á María? preguntó Fernanda con desden.

—Al rayar el alba, contestó Pedro.

—Pues á esa misma hora estaba yo soñando que te casabas con ella.

—Me causó tanta lástima la infeliz, prosiguió Pedro, que le dí un pedazo de cecina de liebre y otro de pan y de queso.

—¡Un pedazo de cecina de liebre? gritó Fernanda convertida instantáneamente en una furia: con que la cecina que yo misma he hecho y que te puse para merienda, ¿se la has dado á esa mocosa?

—Y eso ¿qué tiene de particular?... dijo Pedro.

—Yo te aseguro que no le darás otra, volvió á gritar Fernanda.

—Tú harás lo que quieras, contestó Pedro; pero no hay motivo para que te incomodes.

La tia Isabel se sonreia con violencia; y las dos aldeanas permanecian con la vista fija en el suelo, sin atreverse á proferir una sola palabra.

Este hecho por sí solo, hizo nacer en el corazon de Fernanda un terrible encono contra la inocente María; pero otra circunstancia vino á encender el odio que á María profesaba Fernanda.

Cierto dia, domingo era, se encontraba Fernanda en su balcon, mirando con desprecio á María, que estaba asomada á la ventana, sin atreverse á levantar los ojos, que tenia fijos en la calle, por no recibir alguno de los desprecios, con que ya comenzaba á martirizarla Fernanda. Hizo la casualidad que por allá pasaran entonces cuatro cazadores, de lejanas tierras sin duda, porque aunque llevaban chaquetas y polainas, parecian por su elegante aire, gente de ciudad. Detrás de los cazadores iban dos criados con cuatro caballos; y ellos, con las escopetas al hombro, caminaban con mucha algazara, viendo y dirigiendo oportunos sarcasmos á cuanto se ofrecia á su vista. Uno de ellos se fijó en María, y llamando la atencion de los otros, dijo en alta voz:

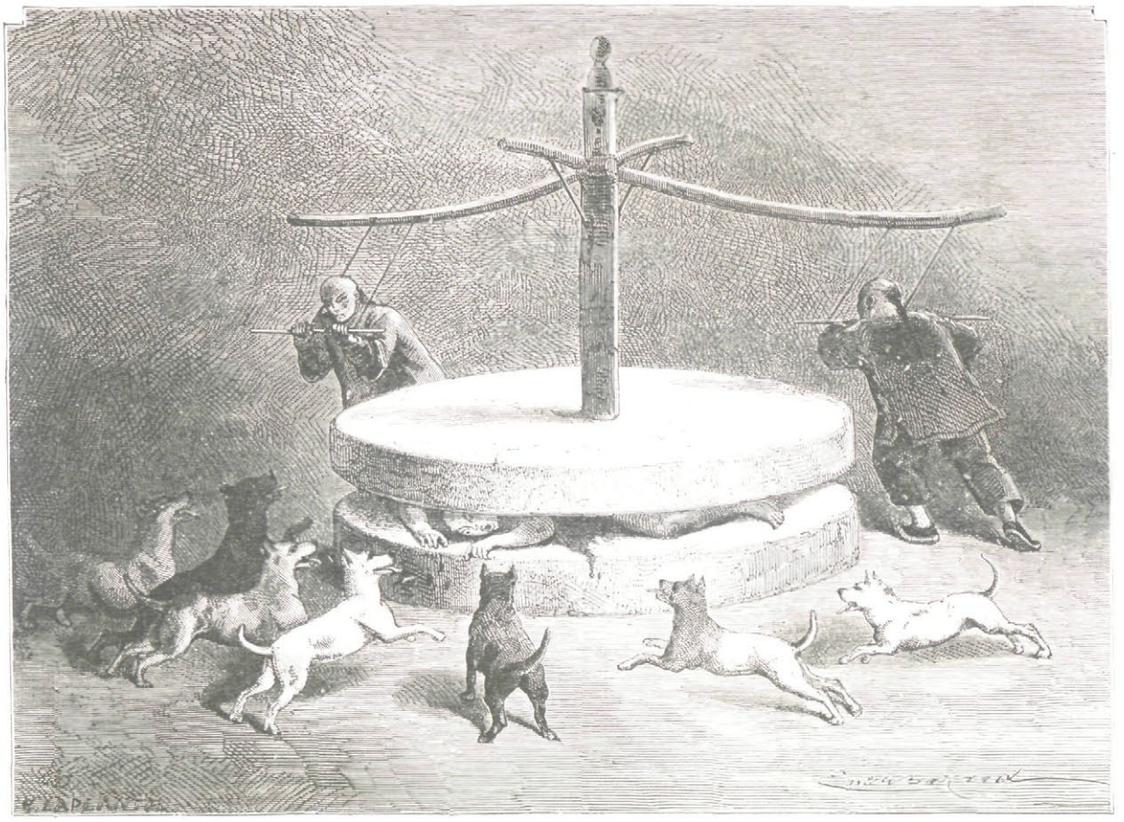
—Mirad, muchachos, la mujer mas hermosa que he visto en estas tierras.

—¡Que ojos tan hechiceros! esclamó otro.

María se puso mas encarnada que los madroños del monte.

—Mirad esa otra, gritó el tercero señalando á Fernanda y riéndose á carcajadas.

—¿Cómo es posible, esclamó el cuarto, que haya una mujer tan fea frente á una mujer tan hermosa?



IDEA QUE TIENEN LOS CHINOS DE LOS SUPLICIOS QUE SUFREN EN EL OTRO MUNDO LOS INCENDIARIOS.

—Porque en este mundo andan siempre revueltos los ángeles y los demonios, contestó el primero.

María se quitó de la ventana ruborizada, y Fernanda *se quitó del balcon pateando y llorando de ira y de despecho.* Entonces mismo juró Fernanda vengarse de María; desde entonces la desollaba sin cesar, con su lengua de víbora y la despreciaba siempre que á sus alcances estaba poder hacerlo. Si en la iglesia se arrodillaba María cerca de Fernanda, se levantaba Fernanda con aire petulante y se iba á otra parte; y desde entonces, como ya dijimos al principio de esta historia, cuantas veces María pasaba la calle por el lado de Fernanda, levantaba la cabeza con orgullo Fernanda, y escupia junto á María. Y entre tanto la infeliz María lloraba sola en los montes durante la semana; lloraba los domingos en el regazo de su angustiada madre, y su madre lloraba tambien con ella, porque otro remedio no tenian las desgraciadas, mas que llorar.

—¡Qué habré hecho yo á Fernanda, madre de mi *corazon, para que me trate así!* esclamaba María entre sollozos, y entre sollozos contestaba su madre.

—Nada, hija de mi alma; tú no puedes hacer á nadie nada malo: paciencia y confianza en Dios, que Dios nos remediará.

Esto decia María en casa; y cuando sola se encontraba en los montes, mientras las ovejas apacentaban la yerba de los prados, arrodillada ella ante la Vírgen de la Pradera, oraba con fervor; y las brisas de la mañana y el céfiro de la tarde elevaban aquella pura, cándida oracion al trono escelso de la Reina de los ángeles, de los arcángeles y de los serafines.

V.

El orígen de la ermita de la Vírgen de la Pradera, segun afirma una antigua tradicion creida y venerada en Nieva y las aldeas comarcanas á Nieva, fue del modo siguiente:

En tiempos muy remotos llegó á Nieva un fraile capuchino, con objeto de predicar la cuaresma. No dice la tradicion cómo se llamaba *este fraile*; pero asegura que jamás varon mas justo habia pisado aquellas tierras, ni sacerdote que mejor predicara, ni que mas fruto espiritual recogiera con sus sermones. Este fraile no admitia retribucion alguna por su trabajo; reconcilió con sus evangélicas amonestaciones algunas personas enemistadas que habia en el pueblo, y como la noticia de las virtudes de tan santo varon, cundiera rápida por todos los pueblos inmediatos á Nieva, de todos los pueblos acudian dia y noche pecadores á depositar sus cuitas en aquel buen ministro de Dios; y dicen que todas hallaban consuelo en sus palabras y volvian *tranquilos á sus casas.* Aquel fraile ayunaba casi siempre á pan y agua, oraba mucho, y no se le veia nunca sino en el templo, confesando, predicando ó humildemente arrodillado en las gradas del altar.

Asegura, pues, la tradicion con tanta fe conservada en aquel rústico é inocente pais, que un viernes de marzo, en los pocos momentos que el santo varon dormia, tuvo un ensueño, en cuyo ensueño vió, que en una pradera, que á modo de balsa reposaba entre dos verdes colinas, que se levantan á la espalda de la aldea, habia escondido un precioso tesoro; que él fué con una azada á desenterrar este tesoro, y que á medida que cavaba iban saliendo *del fondo de la tierra unos resplandores que eclipsaban* la vista, resplandores que solo podia despedir un nuevo sol que allí estuviera oculto.

Cuando el fraile despertó de su misterioso sueño, sintió una fuerza interior que le empujaba á descubrir aquel tesoro; pero considerando que tal impulso era una tentacion de Satanás, que pretendia tender redes á su virtud por medio de la avaricia, postrándose de rodillas ante el altar del templo, inclinó la frente al suelo y oró con fervor.

Terminada la oracion, reflexionó que el tesoro, que escondido se hallaba en medio de la pradera, podia labrar la suerte de aquella miserable aldea, y enteró de todo á los ancianos del pueblo.

(Se continuará.)

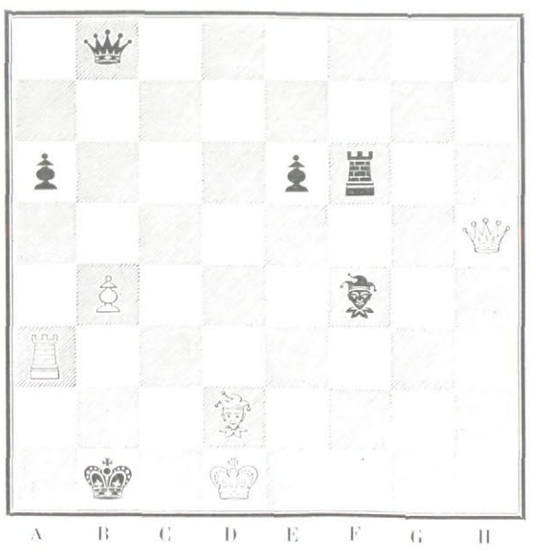
M. Ivo Alfaro.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 1.

(SALEN LOS BLANCOS Y DAN MATE EN TRES JUGADAS)

NEGRAS.



BLANCAS.

LA SOLUCION EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

AJEDREZ.

Con el deseo de dar la mayor amenidad posible á El Museo, publicarémos desde hoy una serie de problemas, que debemos á la bondad del señor don Aurelio Abela de la Torre, cuyos especiales conocimientos en el ajedrez, admiran los aficionados.

Fácil nos hubiera sido copiar algun problema de los que insertan las Revistas de otros paises, pero hemos preferido dar *publicidad á estos originales*, tanto para demostrar que hay en España personas inteligentes en un juego popular en Europa, y que casi exige los estudios de una ciencia, cuanto porque en mérito, en novedad y en *estrañas é inesperadas combinaciones, no* ceden á los mas ingeniosos que publican los periódicos estranjeros.

Sustituyendo estos juegos el delicado placer de la inteligencia, á los goces groseros *de los sentidos*; las columnas del Museo estarán abiertas para admitir los problemas con que nos favorezcan todos los que se interesan en el adelanto de los ingenios y en la cultura de los pueblos.

ADVERTENCIAS.

Los suscritores que quieran tener completa la coleccion de El Museo, hallarán de venta los ocho tomos que han salido desde 1857 hasta 1864.

Los tres primeros en que El Museo fue quincenal, se venden á 40 rs. el tomo en Madrid y 48 en provincias, francos de porte. Los restantes, en que ha salido todas las semanas, á 80 rs. y 96 respectivamente.

Los que quieran ahorrarse la diferencia del precio de Madrid al de provincias, por efecto de los gastos de correo, podrán recibir las colecciones al precio de Madrid, indicando el conducto por donde han de recibirlas, y *siendo de su cuenta los portes.*

Los que se han suscrito directamente á El Museo, se servirán remitir su importe á la mayor brevedad, si no quieren esperimentar retraso en el recibo de los números sucesivos.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.